

EL CRISTIANISMO Y LA PAZ

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

La Acción Católica Peruana vive con profunda emoción de piedad y patriotismo estas horas radiantes del Tercer Congreso Eucarístico Nacional, que tiene por marco a la hermosa e ilustre ciudad de Trujillo, de tan insigne valor en la geografía y en la historia de nuestro país. Los soldados de esta milicia de Cristo, esparcidos de confín a confín del territorio del Perú, están todos espiritualmente presentes al pié de esta Cruz del Campo Eucarístico; y muchos, no contentos con la presencia espiritual, hemos venido en persona a prosternarnos ante ella, en número que prueba cómo nuestro movimiento cobra día a día amplitud y profundidad. Tal comprobación debe llenarnos de regocijo y de esperanza; pues el esfuerzo y el trabajo de la Acción Católica, acercarán más cada día a los hombres individualmente y a la humanidad en conjunto, al ideal de la vida cristiana. Yo creo que ese ideal no se alcanzará jamás plenamente, porque cada resultado conseguido, cada etapa vencida, cada dificultad dominada, nos harán desear nuevos resultados, nos incitarán a recorrer nuevas etapas, nos obligarán a luchar con nuevas dificultades. Y es que el ideal puesto por el Vicario de Jesucristo como meta a la Acción Católica, es un ideal inagotable pero que al propio tiempo nos da el consuelo de irse realizando constantemente: tiene a la vez la virtualidad estimulante de lo que se hace y logra cada día, y la altura egregia de lo inasequible.

Discurso del Presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana en el III Congreso Eucarístico Nacional. Trujillo, 29 de octubre de 1943.

Y aunque no hemos de llegar a este ideal de la perfección, debemos enderezar hacia él todos nuestros esfuerzos, y con más decisión que nunca en tiempos como los actuales, de angustias y miserias.

Difícilmente podría ser más desolador el panorama que nos ofrece el mundo contemporáneo. Naciones que se desgarran mutuamente en guerras apocalípticas, y que en su propia vida interna presentan el espectáculo desmoralizador de luchas de clases y pugnas de intereses, y el total alejamiento de grandes sectores de la colectividad, de las normas del Evangelio. Tan terrible espectáculo podría hacer pensar, a un hombre que no tuviera fé y que no volviera los ojos a la historia, que los males de la humanidad ya no tienen remedio. Pero si comparamos la vida de los hombres y de los pueblos de hoy que viven *como si no conocieran* el Evangelio, con la vida de los hombres y los pueblos de hace dos mil años que efectivamente *no lo conocían*, podremos medir la eficacia salvadora de la doctrina de Jesucristo, y esperar con seguridad que cuando ella penetre más profundamente en las conciencias individuales y en la conciencia colectiva, el mundo se irá acercando, aunque sin conquistarla jamás, a esa vida que le señaló el Redentor.

En efecto, con sus horrores y sus imperfecciones, el mundo moderno difiere por completo del mundo antiguo. El cristianismo todo lo cambió. Nos hizo sentir por primera vez como una realidad viviente que todos los hombres son hermanos, que las ofensas no deben ser vengadas sino perdonadas, que los ricos deben emplear su fortuna en servir a los pobres. Pero no es esto sólo. Cristo no expuso un sistema filosófico; y a la sombra de su doctrina surgió ese monumento incomparable que es la filosofía cristiana. No formuló una estética; y el arte nacido al conjuro de la fé es una realidad prodigiosa. Nunca habló de literatura; y entre un poeta del siglo de oro de la latinidad y un místico cristiano, existe tanta distancia como es posible concebir. Y si el cristianismo, sin ser una filosofía ha cambiado nuestro modo de pensar, sin ser una estética ha dado al arte un sentido de trascendencia infinita, sin ser una preceptiva ha creado una literatura nueva, esto se debe a que ha cambiado al hombre: el filósofo que piensa, el arquitecto que construye, el artista, el poeta, no son ahora los mismos que tanto admiraron griegos y romanos.

Pero el cristianismo que se ha esparcido con gran amplitud por el mundo y que ha penetrado muy adentro en algunas almas, no ha penetrado en todas con una profundidad uniforme: en aquellas ha llegado a lo más hondo, las ha impregnado en forma total; en estas sólo ha llegado a las capas más superficiales; en estas otras es un simple barniz. Ello ha sido suficiente, sin embargo, para dar un carácter nuevo a la civilización; porque la filosofía, el arte, la literatura, son la obra de unos cuantos grandes espíritus: ganados éstos a la fé, cambiaron por entero el carácter de la cultura y crearon en el mundo un ambiente nuevo. Para que surja una filosofía cristiana, basta que un San Agustín, un San Buenaventura, un Santo Tomás de Aquino, sientan y vivan la doctrina de Cristo. Para crear un arte cristiano, basta que pinten, llenos de fervor y de piedad, un Fra Angélico, un Rafael, un Miguel Angel, un Murillo o un Juan de Juanes — ese hombre admirable, que cuando pintó su famoso cuadro de la Coronación de la Virgen no tomaba los pinceles el día en que no había comulgado. Unos cuantos místicos consiguen cambiar el carácter y el tono de la literatura universal; en tanto que un Palestrina o un Caldara llenan el mundo de armonías en las cuales vibra la fé de Cristo. Las catedrales góticas elevan la plegaria de sus torres por obra de unos cuantos arquitectos, de unos cuantos talladores, de unos cuantos vitralistas transidos del amor de Dios.

La vida social y la vida internacional, en cambio, aunque influenciadas por los grandes espíritus, dependen en mucho mayor medida de las reacciones colectivas de las masas. El apaciguar una lucha de clases cambiando la ruda oposición de intereses por una conciliación comprensiva y cordial, el resolver un diferendo entre naciones con el criterio de la justicia y sin llevarlas a los horrores de la guerra, son cosas que una minoría no siempre puede lograr. ¿De qué valdrán las tranquilizadoras admoniciones de un espíritu ecuánime para serenar los ánimos de las turbas sometidas por otro lado a la oratoria candente de demagogos irresponsables, de patrioterteros vulgares o simplemente de hombres intransigentes? Para que esas admoniciones pudieran dar fruto, habrían de caer en terreno fértil, y ser escuchadas por gentes que estuvieran ya preparadas para comprenderlas y aceptarlas. Y la doctrina de Jesús, que se ha impuesto en todos los campos y que ha plasmado un nuevo mun-

do y forjado una nueva humanidad, encuentra, para su difusión entre las muchedumbres, obstáculos que hasta ahora no ha llegado humanamente a vencer: tales son la propaganda disolvente de ideologías falsas, las trabas que por muchos lados se oponen a la difusión de la verdad, y las propias pasiones e intereses de los hombres; de esos mismos hombres que todo deben esperarlo de una doctrina de justicia, de amor y de paz, y que en el fondo, acaso sin darse cuenta ellos mismos, no desean otra cosa que conocerla y vivirla. En efecto, los conflictos sociales y políticos que ahora nos presenta la humanidad, son una prueba de que, si bien el cristianismo ha impreso su huella en casi todos los hombres, inclusive en los que profesan ajenas religiones, y aunque ha llegado a los pliegues más íntimos de algunas almas, su profundidad media de penetración, el término medio de hondura que tiene en el conjunto de ellas es aún muy deficiente; y que si ya ha habido espíritus lo bastante esencialmente cristianos para cambiar el sentido de la cultura y la conciencia filosófica, la conciencia jurídica y la sensibilidad artística del mundo, la humanidad no ha llegado a vivir de acuerdo con esos mismos ideales que incluso se empeñan en proclamar. La prueba de esto es que, mientras que en las guerras antiguas los bandos en lucha por lo general se empeñaban ante todo en proclamar su fuerza, en exterminar al enemigo y en mutilar y esclavizar a los prisioneros, en las horrendas guerras actuales todos dicen representar la justicia, el derecho y los intereses de la paz y de la fraternidad universal. En esos telegramas de propaganda, en esos discursos dirigidos a justificar la propia causa ante amigos, enemigos y neutrales, allí está el espíritu de Cristo, impotente todavía para evitar los conflictos, pero ya lo bastante arraigado, lo bastante impuesto, lo bastante convertido en norma y principio, para que los hombres que pelean invoquen lo que no solían invocar los paganos: para que invoquen un ideal.

El Derecho Internacional es una creación cristiana, más aún, una creación eclesiástica; pero ha tenido que luchar con los intereses y las pasiones de las masas insuficientemente cristianizadas, y por eso ha debido contentarse en la práctica con ser lo que es ahora, casi un derecho adjetivo. Un derecho internacional que sólo pretende regular la conducta de los Estados en la paz y también en la guerra, tiene mucho de esos llamados códigos del honor, en

que se dan reglas para los duelos y desafíos. Debe existir y ser efectivamente respetado un derecho internacional sustantivo, un derecho que diga lo que una nación puede hacer y lo que no puede hacer, y no contentarse con señalar las formalidades que han de rodear a los más inicuos actos de pillaje internacional, de conquista y de abuso del fuerte sobre el débil.

Pero esto sólo se logrará cuando los hombres escuchen las palabras de San Pablo: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, que ha sido criado según Dios en justicia y en santidad de verdad. Por lo cual, dejando la mentira, hablad la verdad cada cual con su prójimo, como miembros que somos los unos de los otros. Aun si os encolerizáis, no pequéis: que no se ponga el Sol antes de pasada vuestra ira".

El remedio único a los grandes males que azotan a la humanidad está, pues, en cambiar el espíritu del hombre, de todos los hombres, haciendo que la doctrina de Jesús se convierta en la clave de bóveda de todas las conciencias individuales. Para conseguirlo debemos entregarnos con la plenitud de nuestras energías a servir, cada cual en su propio campo, la gran causa del Catolicismo; recordando estas palabras de uno de los Santos Padres de la Iglesia griega, palabras que, escritas en el siglo IV, parecen pensadas y dichas en el siglo XX: "Si no tenemos por las Iglesias, dice San Basilio, arzobispo de Cesárea, un interés al menos como el que muestran los enemigos de la sana doctrina para destruirlas de arriba abajo, nada podrá evitar que sucumba la verdad, minada por el enemigo, y scamos nosotros cómplices de su condenación; ya que no habremos tenido el valor de consagrarnos a la obra de acercamiento de las Iglesias, con nuestro valor, nuestro celo, nuestra unión y nuestra emulación santa por los intereses de Dios".

Y en momentos tan trágicos para la humanidad como los actuales, no debemos olvidar que, aunque la Acción Católica ha sido sabiamente organizada por la cátedra de San Pedro con un carácter nacional, es en realidad un poderoso y eficaz instrumento de paz internacional; porque cuando en cada país haya sido restaurado todo en Cristo. — *Restaurare omnia in Christo* — se entenderán los hombres, se entenderán las clases sociales, se conciliarán los intereses económicos y los pueblos arreglarán sus diferencias según la justicia y no conforme a la fuerza brutal y ciega de las armas.

¿Cuándo querrás Tú, Señor, que esto suceda; cuándo nos mandarás la vida que te pedimos arduamente, y que te la pedimos para vivirla en tu paz y bajo la enseña de tu nombre? Sólo en Ti confiamos; de Ti lo esperamos todo; y de los demás, nada. Te pedimos fuerzas y eficacia para servir tu causa y para no apartarnos del camino que Tú nos has señalado, a lo largo del cual queremos marchar durante toda nuestra vida, y en uno de cuyos recodos queremos que nos sorprenda la muerte, después de darnos mucho tiempo para cumplir la misión de trabajo y de amor que Tú nos has asignado. Todo lo ponemos en tus manos, entregándonos a las decisiones de tu misericordia y a los milagros de tu omnipotencia!

Cristóbal de LOSADA y PUGA.